

# CASAS DE LA HABANA VIEJA

## LAS ESTACIONES

POR  
UN FORASTERO CURIOSO

SAMUEL Hazard, huésped de La Habana a mediados del siglo pasado, le llamaba la atención que la escalera de rico mármol de cierta casa principal, iniciara su vuelo junto a varias cajas de azúcar y cerca de los carruajes de la familia; y que el piso bajo del palacio de Santovenia, en la Plaza de Armas, lo ocupasen unos almacenes apestosos a manteca y a pescado, mientras que en el principal moraban los Condes entre refinamientos y comodidades.

Un paseo por La Habana vieja recorriendo las arterias principales del antiguo recinto amurallado, da la impresión que el comentario del escritor norteamericano puede extenderse a casi todas las viviendas de lujo, conservadas todavía.

Este paseo no presenta hoy otro inconveniente que el cuidarse un tanto de los ómnibus que cruzan determinadas calles; pero hace más de un siglo era bastante peligroso intentarlo a pie, pues como no habían aceras, y las ventanas salían demasiado, necesitábase del mayor celo y destreza para que el quitrín, la carga del malojero o las

botijas del lechero no tirasen al peatón en medio del arroyo.

En los primeros lustros del siglo XIX se iniciaron en La Habana dos importantes reformas urbanas, la construcción de aceras y el empedrado de las calles con chinas pelonas, traídas estas últimas como lastre por los barcos que arribaban a cargar los frutos de la isla. La iniciativa dividió la ciudad en dos grandes bandos, uno partidario del pavimento de cascajo, y el otro de las chinas. Los primeros tuvieron su órgano oficial, "El Censor Universal", cuando aseguraba que el empedrado quitaba toda eficacia al saludable ejercicio de pasear en volante, que favorecía al estómago, "la entraña en que está el principio de la salud, hace descender las superfluidades, acelera blandamente la circulación y estimulaban del mismo modo las secreciones con esparcimiento, y recreo del espíritu"; y al enumerar los daños traídos por las chinas les imputaban el crecido número de abortos observados desde entonces, asegurando que los débiles de pulmones sufrirían hemoptisis, orinarían sangre los enfermos de los riñones y los de almorranas padecerían frecuentes ataques; terminaba el articulista aconsejando que evitasen las calles pavimentadas con chinas los enfermos que viniesen del campo, para no correr el riesgo de morir desde la Puerta de Tierra a su alojamiento por las caídas del coche "sobre el abominable enchinado". Los polemistas afianzaban sus argumentos con citas latinas, y uno de ellos después de dar un paseo por las calzadas de extramuros, emocionado, pulsó la lira en loor del cascajo en un pésimo soneto, terminando con estos versos:

*Pues si tomas por norma estas calzadas  
saliendo vas de india a ser romana.*

Entrad, pues, en cualquiera de esas casas de dos pisos y entresuelos. En la planta principal salones de mármol o de hormigón pulido, grandes ventanales, puertas de caoba talladas primorosamente, persianas que tamizan la luz cruda del trópico y medios puntos de cristales de colores, agradables a la vista; mucha amplitud en un ambiente acogedor por la frescura y tonalidades suaves de la iluminación.

Es otro el panorama de los entresuelos aún en las casas de esquina, techos de poco puntal y huecos pequeños hacen oscuros y húmedos los aposentos de esta planta, destinados a escritorios,

a guardar papeles y trastos y a vivienda de la servidumbre. El entresuelo quedaba aislado del principal por una puerta sólida, como puede observarse en las casas del Obispado, de Fernandina, de Arcos y otras; medida de seguridad imprescindible, porque la vida de la ciudad, hasta la llegada de Tacón, quedaba a merced de pandillas de pícaros, organizadas perfectamente y protegidas por cubanos y españoles influyentes. En la colección de documentos de la "Sociedad Económica de Amigos del País", aparece un memorial del Conde de Villanueva quejándose al Capitán General del número crecido de asesinatos y robos que quedaban impunes, a pesar de conocerse quiénes eran los autores e instigadores. Sólo en el mes de junio del año 1811, se registraron treinta y un asaltos y robos en plena calle y a la luz del día.

En los pisos bajos, almacenaban las zafras de los ingenios y cafetales, o los arrendaban para estos fines si el amo de la finca no era mercader; y hacia el fondo las cocheras y caballerizas. En algunos edificios, desde su construcción, distribuían esta planta en accesorias independientes que alquilaban a pequeños comerciantes. Recórrense las secciones de anuncios de los periódicos de hace más de un siglo, y se encontrarán anuncios de este estilo: "en la accesoria de la casa de Don Román de la Luz, frente al número tal de la calle de Cuba, etc." Las casas de alquiler en el pasado representaban el negocio más productivo y seguro de La Habana.

Existe cierta contradicción entre el lujo y buen gusto de la planta principal y el aspecto sórdido de las otras; pero como todo tiene su razón de ser, un motivo original, en un artículo de Cirilo Villaverde publicado en "El Faro Industrial" de agosto de 1842, aparece la explicación de este contrasentido. El habanero sólo vivía en la población unas cuantas semanas de la estación invernal, en la urbe estaba de paso, el tiempo exigido por los compromisos sociales y para gestionar los préstamos con que iniciar los trabajos de las fincas. Así bien valía, pues, tolerar durante corto tiempo olores nada agradables, y la vecindad de baratilleros y dependientes, porque naves y accesorias producían alquileres muy crecidos.

La costumbre tenía viejas raíces. Arrate refiere que los alrededores de la plaza los embellecían hermosas quintas de recreo. Es posible que

ya en aquella época el habanero pasase poco tiempo en la ciudad, porque sus pequeñas industrias infestaban el aire, y le obligaba a vivir a puerta cerrada defendiéndose del humo despedido por cientos de hornos, alambiques, fraguas y fuegos encendidos por los manufactureros de velas de sebo. La atmósfera era irrespirable, al extremo que el Síndico Procurador General Don José Vértiz Vereá representó al Ayuntamiento en 1767 la necesidad de prevenir estos males, causa, a su juicio, de muchas enfermedades. Coincidieron con la opinión de Vertiz los protomédicos Dr. D. José de Arango y Barrios y Don José Melchiado de Aparicio, quienes aconsejaron que como el "aire era el único refrigerio" para tolerar la naturaleza del trópico, se trasladasen estos establecimientos "a la cordillera que hace frente a la Muralla de Tierra, desde la hermita de Nuestra Señora de Monserrate hasta la Puerta del Real Astillero y muro que atraviesa así el Matadero hoy nombrada calle del Egido".

Dice Villaverde: "Apenas se abren los blancos y olorosos aguinaldos al soplo regalado de los suaves vientos del Norte, que la ciudad se despuebla. Desde noviembre se empiezan a preparar las chupas de lienzo, los sombreros de paja, los abigarrados pañuelos de la India, los pantalones de color, si es hombre; si mujer, los túnicos de ligera muselina, las lujosas capas de seda, los graciosos sombreritos italianos, las medias de lino, las sombrillas, los guantes de color, los zapatos de badana para pasear a pie por las guardarrayas de los cafetales humedecidas con el rocío de la aurora. Y unas y otros, esto es, mujeres y hombres, los que poseen fincas de campo y carruaje, preparan asimismo las lozanas parejas de caballos que han de transportarlos de aquí y conducirlos todas las noches del cafetal o el ingenio al baile del pueblo y otros puntos. Entonces todo es movimiento, todo alegría, todo bullicio en los campos, la vida de la ciudad, en una palabra, trasladada a ellos. Cafa cafetal, cada ingenio, cada pueblo, es el centro de una diversión continua; diversión tanto más brillante, gustosa y bulliciosa cuando no se prolonga a muchos días, pues aquellos que las promueven, y son el alma de ellas, están de paso en estos sitios y con su ausencia cesan de golpe."

"La estación del invierno, o como más comúnmente decimos, de las pascuas, en rigor no dura arriba de dos meses, que se cuentan de quince